

## BEVERLY HILLS

Cristian Godoy\*

No me molestaba mandar al frente a mis padres, sino explicarle los motivos a Fernando. Ellos me habían ordenado que evitara ir a su casa porque la mamá estaba mal de la cabeza. Y yo no me animaba a responderle eso a mi mejor amigo.

Cuando éramos chicos, vivía quedándome a dormir en su casa. Tenían un departamento casi idéntico al actual, pero en el noveno piso. Después de mudarse a la planta baja del mismo edificio, la madre empezó a decir que se ahogaba sin un balcón. Además le habían escondido la llave de la terraza.

Francis quedó trastornada por haber parido un bebé muerto.

No sé si estaré usando las palabras correctas, si, al ser sacado del vientre, puede decirse que el hermanito de Fernando nació, o que murió, o que ninguna de las dos cosas. Fernando no hablaba del tema.

Al terminar la primaria, quiso cambiarse de escuela para tener compañeros nuevos y que no lo jorobaran más con el asunto de la vieja. Yo me anoté con él y nos aseguramos de que nos tocara juntos en la división.

Solo busca llamar la atención, opinaban mis padres. El que se quiere matar de verdad no avisa. Francis había fracasado en cada intento de suicidio. Mezclaba pastillas con alcohol y llamaba al marido para despedirse. Él largaba todo y la llevaba a una clínica, donde le practicaban un lavaje de estómago y la dejaban internada unos cuantos días. Los médicos le hacían prometer que no volvería a cometer las mismas estupideces de siempre, bajo amenaza de no darle de alta. Precisamente a Francis, que le gustaba más estar en la clínica que en su casa.

Antes de la mudanza, ella se había obsesionado con el balcón. Pasaba una pierna del lado de afuera, pero no se animaba a pasar la otra, y permanecía montada a caballo sobre la baranda hasta que alguien la descubría y la metía adentro. Ese alguien tenía que cargarla en brazos como a una nena chiquita que se había quedado dormida lejos de su cama.

Fernando y el papá se turnaban para no dejarla sola en ningún momento.

Yo no le tenía miedo.

---

\* Escritor argentino. Sus cuentos han sido publicados en revistas literarias y antologías, incluyendo la revista *Punto de partida* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2014), en un número dedicado a cuentistas argentinos menores de 40 años. Correo electrónico: cristiandg83@gmail.com  
*Gramma*, XXVI, 55 (2015), pp. 147-150.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Finalmente, un día, acepté la invitación de Fernando. Esa tarde mi vieja había sacado turno en la peluquería, lo cual me garantizaba un margen de tres horas sin tener que asomarme por casa, ni estar informando las coordenadas. Mi padre no se calentaba demasiado en saber dónde estaba. Él consideraba que sus funciones eran otras.

Francis abrió la puerta vestida con un pijama de hombre, de esos con guardas de rombos, y puños elásticos en las muñecas y los tobillos. Tenía el pelo pajoso y un aliento a cigarrillo que volteaba. Estaba muy contenta de verme, dijo y me saludó con un beso. Me pidió disculpas por no estar arreglada y se quejó de que no le hubieran avisado —Fernando revoleó los ojos porque sí lo había hecho—. Dijo que iba un segundo hasta su habitación para ponerse más presentable, se encerró ahí y no volvió a salir más.

No me había dado la impresión de que estuviera tan loca: actuaba como una persona normal y decía cosas de persona normal. Sí le notaba algo raro en los ojos, que me hacía acordar a esos ciegos que se las ingenian para dirigir las pupilas hacia donde proviene la voz, como si en verdad estuvieran mirándote a la cara.

El estado de Francis no merecía llamarse locura. Yo la veía más triste que otra cosa. El que está rayado de verdad no es capaz de entender por qué, en cambio ella sabía perfectamente. Todos sabíamos.

Mientras Fernando preparaba la merienda, vi que el cajón de los cubiertos tenía puesto un candado y que los vasos eran todos de plástico. Él me explicó que a su madre le agarraba un tic nervioso y, de repente, pegaba un mordiscon en el borde del vaso. Incluso había llegado a quedarse con pedazos de vidrio entre los dientes. No me animé a preguntar por lo del cajón de los cubiertos.

Estábamos por subir a la terraza. El padre le preguntó a Fernando si no tenía calor con la campera cerrada hasta el cuello. Mi amigo no le contestó y me empujó para que me apurase a salir. Como el ascensor no llegaba hasta arriba de todo, tuvimos que subir el último piso por escalera. Fernando se metió la mano por adentro del cuello de la campera y sacó un cordón que tenía atado en el cuello, de donde colgaba la llave. Entramos a la terraza y volvimos a cerrar para que nadie nos interrumpiera.

Nos sentamos en un escalón. Recién en ese momento, Fernando se desabrochó la campera y sacó la revista porno. Empezamos a mirar las fotos. Todo ese tiempo estuvimos quietos y sin hablar. Nos parecía escuchar ruidos de gente que subía por las escaleras, aunque lo cierto es que la terraza daba la impresión de no ser aprovechada por nadie, excepto para abandonar chatarra; como un lavarropas que seguramente no funcionaría, una reposera de plástico que tenía una pata rota, una bicicleta con las gomas pinchadas. Ni siquiera había ropa colgada en las sogas.

Después quise asomarme por la baranda y ponerme a contemplar la vista. El barrio me parecía un país entero. Fernando se quedó sentado en el escalón, con la revista abierta entre las piernas aunque mirándome fijo. Le dije que no fuera puto, que se acercara. Que no se iba a caer.

En geografía nos había tocado un profesor que también estaba mal de la cabeza. Eugenio Villalba era un viejo de pelo canoso pero bigote negro y tupido. Mientras que la supuesta locura de Francis representaba un peligro apenas para sí misma, la locura de nuestro profesor era peligrosa para todos sus alumnos. Tal vez por esa misma razón, por las ganas que se tienen a esa edad de seguir ciegamente a un irresponsable, él era al único que tratábamos como si fuera uno más del curso.

El tipo organizaba viajes de estudio, pero una vez allá, te hacía escalar cerros, saltar por un caminito de rocas sobre un pantano, o cruzar una laguna valiéndote de un tronco acostado. No le importaba nada. Hasta el momento, de los viajes siempre volvía la misma cantidad, ni un alumno menos, todos sanos y a salvo. Cada tanto se corría la bola de que las autoridades querían suspender la actividad. Si eso llegaba a suceder, chicos de los cinco años nos habíamos puesto de acuerdo en tomar la escuela.

Nosotros, los de segundo «B», fuimos de campamento al Palmar de Colón. Las palmeras que más teníamos grabadas eran las de Beverly Hills.

En las carpas entraban hasta cuatro personas. Villalba ayudaba solamente a las chicas, en cambio a los varones se nos paraba al lado, nos gritaba que lo estábamos haciendo mal y se iba puteando sin haber explicado nada. Como yo tardaba demasiado en clavar una estaca, le di un pisotón que la terminó doblando. ¡Qué hacés, boludo!, me retaron mis compañeros de carpa, enojados porque tenían miedo de que Villalba nos subiera al micro y nos mandara de vuelta a casa. El profe cuidaba esas carpas más que a cualquier otra cosa, porque si bien las autoridades de la escuela no se habían animado a cancelarles los viajes, le negaban la plata para comprar otras nuevas.

El que se acercó a darnos una mano fue Chango, nuestro preceptor, que también había venido al viaje. Primero nos hizo desarmar lo poco que habíamos llegado a montar, porque nos habíamos olvidado de poner la lona. Qué lona, preguntamos a coro los cuatro. La que el profesor había pedido que lleváramos para evitar que se filtrara agua. Tuvimos que improvisar con unas bolsas de supermercado.

Nos pareció que Chango terminaría más rápido si lo dejábamos solo. Yo me entretuve con unas vizcachas que se me habían acercado. Abrí un paquete de galletitas que tenía en la mochila. Chango, que me venía observando mientras encajaba los parantes, me gritó que no les diera de comer. Me mostró su mano derecha para recordarme que le faltaban un par de falanges. Él también había sido alumno de Villalba.

El sendero era lo suficientemente angosto y la barranca, lo suficientemente alta, como para sentir pánico de mover un pie. En el borde del precipicio había arbustos de donde agarrarse en caso de un resbalón, pero las ramas tenían pinches. Yo prefería avanzar de costado, de cara al horizonte, apoyando la espalda entera contra la roca. Fernando venía atrás, a mi izquierda, burlándose de mi cobardía. Éramos los últimos de la fila.

Cuando te encontrás a semejante altura en la intemperie, empezás a sentirte solo y aparece una fuerza que intenta chuparte hacia abajo, como en los huecos de los ascensores. Aparecen ganas de saltar.

De repente Fernando no hizo más bromas, dejó de reírse, no dijo más nada. Estábamos los dos de cara al precipicio. Le pregunté qué le pasaba. Le había cambiado la expresión sin motivo, ahora lo notaba muy serio, no preocupado pero con esa mirada extraña que ponía a veces. Yo le hablaba de costado. Te tragaste un bicho, insistí, aunque tampoco me respondió. Fernando estaba tranquilo, a pesar de todo, incluso más tranquilo que antes cuando me hacía bromas para descargar los nervios que a ambos nos generaba la barranca.

Fernando me agarró la mano e inclinó su torso hacia adelante, como dispuesto a tirarse al río y arrastrarme en la caída. Le metí una piña en el hombro y logré soltarme a tiempo. No sé a tiempo de qué, pero esa broma no me causó gracia.

Esos segundos durante los que no estuve pegado a la pared, creí que me volaría con el viento. Fernando no me estaba prestando atención, parecía haberse olvidado de mí. La piña no le había dolido. Miraba pálido hacia abajo como si hubiera descubierto algo siniestro, pensé en un cadáver flotando en el agua, algo de ese estilo, aunque miré en la misma dirección y no alcancé a verlo.

Lo que vi fue la duda en los ojos de mi amigo. Vi eso que algunos describen como una sombra, un humo que atraviesa, en un raptó, la mirada del otro. Pero yo lo percibí con mayor intensidad y movimiento, con una voluntad propia. En tal caso, hubiese descripto aquello como un insecto que se incineraba sobre el vidrio recalentado de una lamparita.

Después de la cena, Villalba anunció que iríamos de caminata por la selva, excepto Fernando que sufría retorcijones. Aún se lo veía pálido y yo sabía que estaba descompuesto desde la tarde, que la comida no había tenido la culpa. Le pedí permiso a Villalba para quedarme yo también, quería hacerle compañía. El profesor me preguntó si éramos novios, a la vez que me encandilaba con su linterna.

En medio de la caminata, Villalba nos hizo tomar por un atajo. Mientras él sostenía un alambrado, nosotros gateamos, uno tras otro, hacia el lado contrario. A uno de los pibes se le enganchó el pantalón y tuvimos que tironearlo entre un par.

Bajamos a la costa y nos sentamos frente al río. Villalba ordenó hacer silencio y apagar las linternas. Estuvimos un rato largo ahí, sin intentar otra cosa que juntar puñaditos de arena y escuchar la corriente de agua. Ninguno buscaba hacerse el gracioso. Yo no paraba de pensar en Fernando, en lo que estaría haciendo en ese momento, en si alcanzaría a ver todas esas estrellas a través de la lona. Lo imaginaba tirado sobre la bolsa de dormir, con los ojos abiertos, mirando el techo de la carpa.

La noche en el palmar era otro hueco de ascensor, otro agujero negro que te traga. El río sonaba parecido al murmullo de una voz aconsejándote en el oído, una voz metiéndose bien hasta el fondo de tu cabeza.